



NAVEGANTES. De izquierda a derecha, Fernando Gorostarzu, Pedro Gorospe, y José Manuel Fernández, en la nueva avioneta. / IGOR AIZPURU

Tres pilotos del aeroclub Heraclio Alfaro realizan un vuelo visual, sin radio ni GPS, desde Londres a Vitoria dentro de una avioneta de 1978 recién comprada en Inglaterra

La odisea del centenario

F. GÓNGORA VITORIA

Volar en avioneta es todavía una gran aventura, a pesar de que han transcurrido ya 100 años desde el primer paseo por las nubes que efectuaron los hermanos Wright. La emoción de emular a los pájaros se renueva cada vez que algún piloto se enfrenta a una distancia larga, sobre terreno desconocido, con las mismas herramientas que usaban los pioneros: planos, brújulas, intuición, valor y suerte con la meteorología. Así ha ocurrido con la pequeña odisea de tres vitorianos que viajaron entre Londres y Foronda en un vuelo de más de 1.200 kilómetros por Inglaterra y Francia, cuando se conmemoraba el cincuentenario del aeroclub que lleva el nombre del aviador más importante de la historia alavesa: Heraclio Alfaro.

José Manuel Fernández, Fernando Gorostarzu, ambos pilotos de líneas aéreas e instructores del club y Pedro Gorospe, el presidente, se fueron a Londres el 9 de diciembre con el fin de hacerse cargo de una avioneta Cessna 172 de cuatro plazas construida en 1978 y con un motor de 1996 que contabilizaba 500 horas de vuelo. El precio, apalabrado a través de Internet, era de 60.100 euros, pagados con créditos y la venta del viejo avión 'rally' del aeroclub.

«Salimos del aeropuerto de Thurrock, en Londres, a las dos y media de la tarde y se hacía de noche dos horas después. Hicimos, en sentido contrario, la ruta que abrió hace 94 años el pionero Louis Bleriot, de Calais a Dover, cruzando el Canal de la Mancha»,

LAS ETAPAS

- ▶ **1. Thurrock (Londres)-Le Touquet (Francia):** Salen el 9 de diciembre a las 14.30. Sobrevuelan el Canal de la Mancha y llegan antes del ocaso. Dos horas de vuelo.
- ▶ **2. Le Touquet-La Rochelle (Costa atlántica francesa):** Bajas temperaturas. Mar de nubes. Se avería el GPS y entran durante más de una hora en una zona de 'silencio de radio'. Están solos.
- ▶ **3. La Rochelle-Foronda:** Tras aterrizar, repostar y comerse un bocadillo, despegan rumbo a Vitoria. Llegan en 2 horas y 15 minutos.

«Usamos la brújula e hicimos cálculos entre el tiempo y la velocidad»

cuenta con emoción Gorospe, de 41 años y el menos experimentado de los tres.

Alucinante Londres

Basta subirse a una 'skyhawk', -el nombre que los americanos le dieron a este tipo de aparatos-, encontrarse con la vieja tapicería chillona tipo 'seat 600' y con el encogido reducto de pilotos y viajeros para comprender que es aquí donde pervive el verdadero espíritu que animaba a los primeros héroes de la aviación. «Salir de Londres fue alucinante. El tráfico de aviones era tremendo y comunicarse con los controladores aéreos ingleses tiene tela. No hay quien los entienda», añade



CUMPLIDO. Fernández y Gorospe tras llegar a Francia. / A. H. A.



TRAVESÍA. Sobrevolando Dover, en el Canal de la Mancha. / A. H. A.

Gorostarzu.

Pero si difícil y arriesgado era aquel cielo cargado de aeroplanos de todo tipo, las cosas se complicaron cuando la radio dejó de funcionar y el GPS, el aparato que indica la localización, quedó completamente 'tostado'. «Era la

segunda etapa entre Le Touquet y La Rochelle, en suelo francés. Habíamos salido con seis grados bajo cero en el aeródromo. De repente, volábamos sobre un mar de nubes. Tuvimos que echar mano de la brújula y ponernos a hacer cálculos entre la velocidad

a la que íbamos y el tiempo que llevábamos en el aire», relata José Manuel Fernández, que acumula 1.500 horas de experiencia como piloto.

Planos reales

Cada vez que se abría un claro, los navegantes vitorianos miraban a ver si había un río, un lago o una ciudad, cualquier accidente geográfico que luego contrastaban sobre el plano y la ruta trazada. Y es que una odisea en invierno tiene sus ventajas: los ríos y los embalses, llenos, se parecen realmente a los dibujados en los mapas y es más fácil identificarlos a 2.000 metros de altura, a una velocidad de 220 kilómetros por hora.

Afortunadamente, la radio rompió su silencio y pudieron aterrizar en La Rochelle sin problemas, comerse un bocadillo, repostar y alcanzar Foronda sin novedad.

Ninguno de los tres pilotos había sobrevolado Inglaterra o Francia nunca. Así que el viaje se convirtió en una experiencia llena de novedades. «Fue emocionante el paso por el Canal de la Mancha y cada vez que teníamos que pinchar alguna nube», cuenta Gorospe.

Ha sido la mejor manera de celebrar dos efemérides. El primer siglo de la aviación y los 50 años del aeroclub vitoriano, que en 2005 espera inaugurar su nueva sede social y un hangar para guardar los aeroplanos en Foronda. Todavía se encuentran a la intemperie, anclados al asfalto, soportando todos los vientos y tempestades, como los pioneros.